

# GENTE VIEJA

## ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

### Información de GENTE VIEJA

Estamos en pleno verano. Noticia es esta que mejor que yo puede dar á ustedes cualquier calendario.

El calor comienza á echar de Madrid á sus habitantes poderosos y los trenes vomitan gente deseosa de respirar en playas, sierras y balnearios. La humanidad doliente decanta el poder de las aguas medicinales: yo también creo en ellas, principalmente, auxiliadas por una buena cocina.

Hay que desengañarse: el día que se me haga caso y en lugar de establecimientos de aguas tengámoslos de vinos, habremos progresado.

Establecimiento de vinos templados de la Rioja.

Pulverizaciones de Ojén y Escatrón.

Duchas circulares de Jerez.

Inhalaciones del Priorato.

Y, por último, baños é inhalaciones, difusas ó directas, de Champagne legítimo.

Aplicado el principio de la taberna á la medicina y á la asociación; teniendo cada establecimiento un borracho-director de los más acreditados—y de Madrid podrían escogerse sendos, distinguidos y respetabilísimos curdas—; ofreciendo á las señoritas más endebles frascos de amoniaco para los casos en que el medicamento las perturbe el sentido; llevando las *vinistas*, en lugar de toalla, delantal á rayas verdes y negras, para propinarse la medicación, con excelentes cuartos para dormir los efectos del medicamento, y con comidas adecuadas, *menudo* bacalao enjamonao, sobreasada, roostbeef y los domingos callos y caracoles, ¿quién sabe si la raza se vigorizaría más, y, sobre todo, si sería más veraz?

Porque ya saben ustedes: *In vino veritas*.

\*  
\*\*

La triste noticia que ustedes ya conocen de la voladura del polvorín en Carabanchel tuvo como todo lo trágico su parte de ridículo. A las siete, una vecinita mía que nos abruma con romanzas y el *Vorrey morire*, pálida y extremadamente nerviosa, despertóme la mañana de la catástrofe sin parar mientes ni en mis ronquidos ni en mis desnudeces.

— Usted que es sabio.... (estupefacción en un servidor) dígame si ese ruido no tendrá que ver con lo de la Martinica y nos moriremos en seguida espachurrados.

— Señorita, he tenido la suerte de no oír otro ruido que el producido por usted al despertarme.

— Es que el astrólogo alemán Falb ha asegurado la ruina total de nuestro globo por el choque con el planeta Biela.

— En el curso de los siglos es posible que desaparezca la vida de la superficie terrestre.... y hasta entonces no morirá la candidez humana. Arlequin y Colombina reinan eternamente con sus gracias guignolescas.

De escalera abajo ¿quién no pensó en la Martinica, en el bolido de hace algún tiempo, en las pasiones desenfundadas, en un Dios que castiga, y hasta—los que como mi cursi tienen alguna curiosidad y leen—en las predicciones del célebre Falb?

En vez de pensar en la destrucción de nuestro planeta—que indudablemente está en pañales todavía—de lo que debemos preocuparnos es de ir mejorándole todo lo posible con el trabajo, con la constancia, con la ciencia.

Mirar al mañana con el espíritu dispuesto á arrostrar todo los obstáculos con la inteligencia alerta, para resolver todos los problemas; con los músculos ágiles y fuertes para ponerlos en actividad cuando las circunstancias lo exijan; con la conciencia en reposo, para que no nos turben y preocupen los recuerdos, las cosas que vamos dejando atrás.

\*  
\*\*

Los teatros de verano abren sus puertas. Eldorado parece que ha de hacer una temporada brillante. Realmente Bonifacio Pinedo es de los artistas más completos con que cuenta el género. Canta francés, flamenco, toca, baila y dice muy bien y se caracteriza mejor. No soy amigo suyo; por lo tanto, el bombo es desinteresado. Con Pinedo ocurre algo de lo que pasa con Loreto Prado; va á vérselos á ellos, sin ocuparse de si hay ó no buen cuadro; aunque en este teatro es bueno, casi el mismo que actuó el invierno en Eslava, y que hizo obras tan bien hechas como *Los africanistas*, que recibía el público con el calor que á una obra nueva, tras su larguísima vida en los carteles.

La Zarzuela quizá *tire* hasta la primera quincena de Agosto, y Apolo, como siempre, no se cerrará sino breves días.

Con tanto teatro por horas, ¡ya sobrá donde vender astrakán!

La Compañía Mendoza-Guerrero, en su viaje triunfal, cosecha aplausos y simpatías, preparándose á la campaña en Madrid.

Mientras tanto se cultiva la cuarta de Apolo.

¡Oh! la cuarta de Apolo es realmente una característica de la vida moderna madrileña. Los jóvenes de la aristocracia llenan los palcos y acompañan á las más distinguidas horizontales; las señoras las curiosean con la vista, y el buen burgués hace la digestión de un modo delicioso viendo las desvergüenzas del libreto y las piernas del coro.

Hacer arte dramático. ¿Cómo es posible que haya nadie tan necio que lo haga cuando las piezas sueltas dan más gloria y más provecho? De la misma manera que mientras el papel del Estado produzca más que la industria habrá en España pocos industriales, del mismo modo, mientras se enriquezcan los teatros por horas, el necio que pase un año en planear y escribir una comedia merecerá una albarda.

Madrid impone el gusto artístico, y Madrid quiere en el teatro chulos, chulas, desvergüenzas y piernas al aire, butacas á tres reales y concurrencia regocijada y fácil.

¿Quién va ya á ver *latas* como el *Drama Nuevo* y las comedias clásicas? Únicamente algún que otro botarate que no se ha convencido de que los hechos rompen las narices. Por eso hay tantos chatos.

Vico tuvo que emigrar á América; Pepita Hija atravesó circunstancias muy estrechas; los autores dramáticos tienen que hacerse funcionarios, y el teatro se acaba como se acabarían las tahonas el día que al público le diese por comer cebada en grano.

No hay más que la opinión; cuando la opinión es estúpida, el pueblo se embrutece; y cuando las clases directoras están ya embrutecidas, las honradas y neutras masas van directamente camino del pesebre.

Y que no falte, porque al paso que van las cosas, hasta esto podrá echarse de menos.

La prensa no dirige la opinión: la adula y la explota.

El público ama los crímenes, pues á describirlos con pelos y señales; está excitada la curiosidad por temor á trastornos de orden público á exagerarlos; se pueden vender muchos ejemplares predicando la guerra, la opinión pide héroes, pues se descubre uno en cada soldado; el pueblo cree que el ejército no ha cumplido, pues todos son unos cobardes; y así, barajando lo temporal y lo eterno, en lugar de encauzar la opinión, se aplauden sus exageraciones.

Se hace una cosa parecida á la que harían los farmacéuticos de una localidad donde al público le diese por comer arsénico y lo vendieran sin receta.

Y observo que empiezo á predicar, y tendrán ustedes poca gana de que tienda el paño, sobre todo para decir antiguallas que no marchan con las orientaciones modernas.

\*  
\*\*

No por ser Marcos Zapata uno de los más asiduos y queridos compañeros de GENTE VIEJA es posible, sin faltar á los más elementales principios de justicia, dejar de decir dos palabras de lo que él llama modestamente boceto dramático, y que tiene más envidia, más médula, más tendencia é infinitamente más literatura que la mayor parte de cuantas producciones dramáticas se han estrenado en el pasado año.

Si en el fondo del boceto de Zapata hay materia para tres dramas modernistas, en la forma hay mucho y muy importante que admirar....; y por aquí iba, cuando me entero de que sin respetos á la personalidad del autor, ni al entusiasmo del público, ni á las alabanzas de la crítica, ni siquiera á la opinión liberal del país, por causas que desconozco se han suspendido las representaciones del teatro Español, y *Maria Teresa* se ha hecho una sola noche.

Sobre esto, y cuando se sepa á qué causas se ha debido la suspensión, algo he de volver á decir, sobre todo á la Sociedad de Autores, Tribunal Supremo irresponsable en este género de asuntos.

CAGLIOSTRO.

### MIS AMBICIONES

Mi corazón un tiempo ha ambicionado el fácil lauro de la gloria humana, riquezas increíbles y aun la vana felicidad de amar y ser amado.

¡Gloria! ¡riqueza! ¡amor!... cuanto he soñado, cuanto anhelé desde mi edad temprana, en dolor y en tormento la inhumana realidad de la vida en mí ha trocado.

¡Gloria! ¡riqueza! ¡amor!... ya ni un latido hay en mi corazón que á vuestro acento responda como siempre ha respondido;

¡y aun ambiciono!... sí, la ambición siento de encontrar en la muerte paz y olvido á esta vida de lucha y sufrimiento.

VICENTE COLORADO.

## Concurso de GENTE VIEJA

Lema: *Ars novus.*

### ¿Qué es el modernismo y qué significa como escuela dentro del arte en general y de la literatura en particular?

Para dar comienzo á estos desaliñados apuntes sobre tema tan vasto como el iniciado por la importante publicación GENTE VIEJA, hemos de intentar definir lo que en lenguaje corriente ha dado en llamarse «modernismo». Son «modernistas» todos aquellos artistas ó escritores que pretenden, en el génesis de sus obras y en los procedimientos puramente técnicos, apartarse de la vieja y tradicional estética en busca de un arte más puro. Admitida esta definición, claramente se ve que el modernismo no es una escuela, sino un conjunto de escuelas, agrupaciones, tendencias, cenáculos y hasta de individualidades aisladas, que pretendiendo libertarse de la herrumbre de las tradiciones, tienen de común la repugnancia á representar su pensamiento con moldes gastados ó que pertenecieron á otros, y que en consecuencia se fabrican una forma grandiosa, simple y elíptica, para expresar con ella ideas absolutamente nuevas ó proféticas.

Considerado el modernismo de este modo, podrá comprenderse que en él quepan tendencias tan opuestas como son, si atendemos sólo al arte pictórico, los impresionistas y sus continuadores los neo-impresionistas, entre cuyos principales campeones nacionales debe contarse á Rusiñol, tan celebrado en el extranjero por sus «Jardines de España», á Casas, el célebre artista catalán, y á Angladacas, desconocido en nuestra patria, pero muy estimado en países extraños, y los simbolistas que con Mr. M. Bernard, Serruzier y Gauguin, padres de la pintura simbolista francesa, han procurado darnos, después de las glorias del impresionismo triunfante, una nueva interpretación de la Naturaleza. Si añadimos aquellos que Verhaeren llama con pintoresca frase «brutalistas», por su modo de pintar sumario y seco, tendremos reasumidos en estos tres grupos todos los que pululan en el dilatado campo de la pintura modernista.

Hablamos antes de poderosas individualidades, y en lo referente á las Bellas Artes acuden á nuestra imaginación dos nombres de extraordinario relieve: Carrière y Rodín. Carrière tiene una concepción del Arte en extremo especial y elevada; solamente le interesa la significación de los seres y de las cosas; inventa y realiza una pintura en la que todo lo que es accesorio, contingente, temporal, se encuentra voluntariamente desdeñado y excluido, para no fijarse más que en lo esencial, desprendiendo de formas variables lo que la Vida y la Naturaleza tienen de absoluto. Se comprenderá la severa majestad de una obra concebida según tal estética. Ya Corot dijo: «la luna lo embellece todo, porque borra los detalles, no dejando subsistir más que los conjuntos».

Á muchos les sorprenderá encontrar el nombre de Rodín, escultor naturalista que, aunque parezca paradójico, ha introducido lo «horrible» en la estética de su arte, entre las individualidades modernistas; pero podrá comprenderse esto si se atiende á que Rodín ha creado un arte nuevo, eximiendo á la escultura de la vulgaridad de los modelos académicos.

Si del dominio de las Bellas Artes pasamos al de la literatura, veremos aumentar el número de tendencias que concurren todas al fin anteriormente expuesto: metafísicos como Barrés, el de las delicadas *exquisiteces*; psicólogos á la manera de los hermanos Rosny, los cuales tal vez libren á la novela psicológica de terminar, á fuerza de interrogaciones, en novela moral; místicos modernistas como Francis Poictevin, cuyo misticismo herético de anarquista religioso recuerda más el de Novalis que el de Sor María de Agreda; mágicos como Julio Bois; naturistas como Saint-Georges Boutrelle, poeta libertario, *magníficos* como Saint-Paul Roux, autor de la admirable tragedia *La dame à la*

*faulx*; personalidades como la de Huysmann, en cuyos libros se leen páginas de orfebrería literaria; y de intento dejamos para lo último las dos que en España se reparten la influencia en el modernismo literario: la *impresionista* y la *simbolista*.

\* \*

Orientados, aunque de modo bien incompleto, en el intrincado laberinto de las agrupaciones modernistas, no queremos continuar este modesto trabajo sin expresar una protesta sobre la falsa interpretación que en España se da á la palabra «modernismo», que bien parece en el lenguaje corriente querer sustituir al vocablo «extravagante». De cualquier cerebro desequilibrado surgen invenciones extrañas, fantasías insubstanciales, delirios de forma, exotismos de concepto ó producciones que carecen de pies y cabeza, y esto basta para que á una, sacerdotes y fieles, lancen, no sólo sobre el autor, sino también sobre los artistas sinceros, los calificativos de decadente, esteta, modernista; tomando estos epítetos en su sentido más despectivo, sin parar mientes en que el ideal de las nuevas escuelas pretende oponerse al naturalismo triunfante, desprendiéndose del dominio racionalista, científico y materialista, imponiendo otros dogmas al culto de lo bello, exigiendo á la escritura impresiones vírgenes y lanzando la sonda en un abismo inexplorado del alma humana. Ocorre, sí, que en estos momentos de transición por que atraviesa la literatura se han mezclado en el manuscrito modernista muchos elementos extraños, pseudo-modernistas, que podríamos llamarlos *fracasados* unos, *suobis* los más — en el sentido continental de la palabra, y no en el Thackeray que la creó —, que producen mucho estrépito y poco ó ningún trabajo útil, que aspirando á ser promotores del arte nuevo, guías de los efebos, lampadóforos que iluminan el camino á los extraviados, sólo son presuntuosos que hacen con sus chavacanerías, de un superior, motivo de mofa para sus detractores, dando ocasión á que Max Nordau, positivista inaccesible á la poesía, lo coloque entre las degeneraciones. De otra clase de falsos modernistas hemos de hablar: de aquellos escritores que con loable celo de pertenecer á su tiempo pretenden demostrar su modernismo con la imitación servil de la técnica de los maestros, sin tener en cuenta que la técnica no es el fin supremo del Arte, sino un medio de evidenciar los hallazgos del pensamiento, y que el modernismo ha de demostrarse, principalmente, no como suele acontecer en España, á ejemplo de Annunzio, que tanto influjo ejerce en nuestra juventud intelectual, con la elección de fondos y marcos exóticos, y sí por la refinación de las almas.

Tócanos ocuparnos ahora del papel que cabe á la crítica en el presente movimiento, y que hemos de confesar no es todo lo brillante que debiera, pues se ha patentizado la impotencia del crítico profesional y la necesidad de que los poetas, con lo cual no quiere decirse las personas que versifican, sean los llamados á ejercer la crítica artística y literaria, porque ellos solos son competentes, por definición en cierto modo, y tienen autoridad para pronunciar sentencias soberanas, siendo capaces de producir por sí mismos verdaderas obras de arte.

La crítica bien entendida sería un arte; pero en la mayoría de los casos es un oficio, que varios individuos ejercen sin aptitudes algunas. En lugar de ser una explicación de las obras y de sus tendencias, confina por un lado con el *reclamo* y por otro con el libelo. Lean estos críticos la novela del maestro Flaubert *Bouvard y Pecuchet*, escrita para satirizar á los mediosabios, á la media ciencia, á los errores de método y á la improvisación laboriosa. ¿Qué tiene de extraño que si los sabios manifiestan tal desdén por las modernas escuelas y sus nuevos procedimientos, ya por apego á los antiguos modos, ya por otras causas, la muchedumbre no acierte á comprender un Arte superior que necesita para su desarrollo de un nivel intelectual elevadísimo del que por desgracia carecemos! ¡Jóvenes que pretendéis encontrar en la literatura popularidad y medios de subsistencia, seguid los caminos trillados con beneplácito de doctos é indoctos: ¡Los creadores iniciales de

tipos é ideas tardan mucho en ser comprendidos por la multitud y sólo subsisten y alcanzan la fama deseada aquellos que emplean los viejos moldes, ya ensayados y desgastados á fuerza de uso.

No incurráis en el desagrado de los bonzos de la crítica que, en premio á querer ser originales, os motejarán con mil variados calificativos; que ahora os combaten en nombre de artistas que otro tiempo fueron reformadores; que no recuerda las polémicas de antiguos y modernos, las luchas de clásicos y románticos; que no cuenta con la vanidad de las fórmulas, con que mientras luchamos y nos opasionamos el arte evoluciona haciendo pueriles los códigos, y con que, si las cosas van lógicamente, dentro de algunos años será en nombre de los injuriados de hoy en el que se combatiré á los novadores del porvenir. Mas si os consideráis con alientos suficientes, no temáis esas burlas, pues una idea hermosa en formación siempre es ridícula para las gentes vulgares: sabed que hay una esperanza de belleza más cierta en esos hombres escarnecidos que en el rebaño de corderos que dócilmente se encaminan al matadero que una fatalidad clarividente se prepara.

Y convengamos con pena que muchas de las aberraciones que sobre el modernismo circula en palabras y escritos débense á los comentadores saturados de pretensión y á los exégetas superficiales que abundan en las modernas agrupaciones.

\* \*

Arte tan trascendental como el dramático, no había de permanecer ajeno á tan importante evolución. Y no se puede por menos al tratar, aunque sea con ligereza, de estas notas, del teatro de ideas creado para contrarrestar la nefasta influencia del teatro de efectos, de evocar la gloriosa figura de Ibsen, su promotor. La más alta originalidad, y la cualidad primordial de este hombre de genio, consiste, á nuestro modo de ver, en la absoluta necesidad de verdad que agita sin cesar su espíritu. El idealista más elevado de toda la literatura del Norte, autor de este admirable pensamiento: «el hombre solitario es siempre el más fuerte», repudia por entero los parlamentos sonoros y las frases huecas á que tan dados son nuestros dramaturgos. Su profesión de fe, que comparte con Nietzsche, la novedad de sus concepciones, le impiden conseguir la admiración de los que, habituados á la uniformidad de lo mediano, sufren cegados por la luz del astro. ¡Cómo pretender que el gran autor que exige un ideal y una personalidad propia á cada individuo sea comprendido y apreciado por seres cuyo ideal está limitado idénticamente, cuya moral es igualmente convencional y falsa y cuyas ideas sobre la religión, el amor y el arte están vaciadas en el mismo molde! ¡Cuándo podremos conocer en España toda la extensión de la obra admirable de Ibsen! ¿No son *Brand*, *Peer Gynt* y *Solness*, creaciones universalmente sancionadas? ¿Qué se espera, entonces, para dar á conocer á nuestro público esos dramas que tan extraordinaria influencia ejercen en todas las literaturas septentrionales y que terminarán por imponer el simbolismo en el teatro, como el wagnerismo se ha impuesto en música? ¿Acaso nuestros mismos autores predilectos en sus últimas producciones no han evolucionado hacia tal teatro? ¿Qué representa «El Loco Dios», donde el genial Echegaray ha imitado ó coincidido con ciertos procedimientos técnicos de Maeterlinck, claramente expuestos en «Pelleas y Melisende»? ¿Qué representa «Electra», que despojada de su significación de actualidad subsiste como creación artística de sabor marcadamente ibseniano? ¡Cuán necesitados estamos de un teatro libre español, que á semejanza del de Antoine en París, de donde proceden, entre otros, Brieux, Lavedan y Cúrel, nos emancipe del *tartufismo* del lirismo anticuado y de las bufonadas repugnantes, cuya insignificancia nos enerva, y que hoy imperan en nuestra escena Señor Benavente, usted que es el indiscutible maestro del teatro modernista español, ¿por qué no intentar otra vez el malogrado ensayo de hace algunos años?

\* \*

Ocupémonos ahora de los simbolistas, que tampoco forman escuela, si la constitución de ésta exige la anulación de las individualidades ó su sumisión á un imperioso ideal, pero que tienen como lazo de unión el sustituir á la expresión directa con el símbolo y al verso regular con el libre. El simbolismo que Brunetière pretende definir como «amalgama confusa de misticismo y sensualismo», apareció en Francia hacia el año 1885, en el que Kahn, Raimbaud y Lafargue publicaron sus primeros poemas en verso libre. Fueron sus precursores Paul Verlaine, denominado por el virulento Dumic en su «Manual de literatura» maníaco obscuro; el macabro Baudelaire, autor de las «Flores del mal», y Mallarmé, traductor de Poé. ¿Qué elementos extraños influyeron en la formación del simbolismo francés, del que es el español un amortiguado eco? Alemania con Hegel, Schopenhauer y Nietzsche, y América con el citado Edgardo Poé, y el panteísmo alegre y sano de Walt-Whitman son los principales.

Intentaremos ahora explicar lo mejor posible qué es el simbolismo y cuál es su significación. En Arte existen dos maneras esenciales: consiste una en la expresión directa, depende la otra de los símbolos. Un símbolo es una imagen que puede emplearse para la representación de una idea, meced á secretas concordancias que no es posible explicar analíticamente, pues su valor expresivo es en cierto modo misterioso. Todo arte si se quiere es simbólico, puesto que todo lenguaje es esquemático; pero se caracteriza, ya por el esfuerzo que hace para identificar sus símbolos con los detalles inmediatamente perceptibles de la realidad, ya por realizarlos en sí mismos, como si contuvieran más verdad esencial que la que puede encontrar en las cosas el observador más sagaz. En el primer caso el Arte es realista, en el segundo simbolista.

Á la aparición de los adeptos de esta escuela, el realismo dominaba por completo en literatura, incluso en la poesía, como consecuencia del gran movimiento positivista, cuya influencia se hizo sentir en todas las manifestaciones de la actividad intelectual, y que mientras prestaba á las ciencias naturales un prodigioso impulso y constituía, bajo la forma de una investigación crítica, la ciencia de la historia, entregaba también sus métodos á los literatos, que los siguieron fielmente hasta que aconteció la bancarrota de cierta forma del positivismo, pero no la de la ciencia preconizada por Brunetière, porque en lo que tiene de esencial es una doctrina adquirida, condición del desarrollo de las ciencias, que por fortuna no están en camino de liquidación.

Si el positivismo es excelente en lo que afirma, en los métodos que posee y en los resultados que alcanza, es condenable en sus negaciones. De las dos partes en que los positivistas dividen á lo real, Incognoscible y Cognoscible, desdeñaron á la primera, terminando por negarla más ó menos explícitamente, sin considerar que antes debían haber realizado la explicación total de lo real, la extensión de lo Cognoscible á los extremos límites del ser. Y como aún no hemos llegado á esto, continúa siendo perfectamente auténtica la metáfora de Littré: «La isla de lo Cognoscible sigue rodeada de un océano de misterio». Porque no tengamos buques para atravesarlo, ¿debemos olvidar su existencia?

Estas consideraciones, ampliadas lógicamente, bastan para restituir sus derechos á la metafísica; y desde el momento en que ésta se reintegra en la concepción de las cosas, la noción del Arte se transforma radicalmente, produciendo la aparición de los simbolistas, que buscaron un modo de expresión nuevo para una nueva visión de la realidad.

El Arte de un tiempo que pretende luchar con el positivismo, debe forzosamente recurrir al símbolo, representación del misterio, que conviene no confundir con la alegoría. Pintar la realidad tal como se presenta inmediatamente á las miradas del observador, este es el arte del realista; representar en la realidad el definitivo misterio que encubre, este es el arte del simbolista. De aquí provienen todas las divergencias que separan á estas doctrinas.

Los hombres, con el transcurso de los siglos, se han familiarizado exageradamente con la Naturaleza, no causando el espectáculo del Cosmos la impresión que

en las primeras generaciones producía. Por esto el artista simbolista encuentra en la fábula antigua el eterno misterio; solamente entre el artista primitivo, inventor de la fábula, y el actual existe una diferencia: el primero expresaba espontáneamente su visión de las cosas impregnadas de misterio; el segundo tiene que reconstituir en el espíritu moderno una facultad perdida, el sentido del misterio, para lo cual ha de perturbar las costumbres inveteradas del lector procurando impresionarle, ya rejuveneciendo las frases para darlas más potencia expresiva, ya acudiendo á los más audaces artificios de sintaxis.

Al mismo tiempo que el simbolismo pretende sustituir al positivismo con una concepción del arte más hermosa y justa, renueva también la forma poética, dando inmenso impulso al verso libre, que no es sólo la negación del regular, como aducen algunos que lo tratan de prosa andada, sino que obedece á reglas determinadas que no exponemos por falta de espacio. En el verso regular, en vez de adaptarse la forma al pensamiento, es el pensamiento quien se supedita á la forma; mientras el verso libre, que consiste esencialmente en la sustitución de la estricta cadencia de los versos regulares con una armonía más variada, renovada más incesantemente, es siempre dócil á las transformaciones y á los desarrollos diversos de la idea. Cada poeta adapta á su temperamento esta forma indeterminada que se plega á todas las exigencias, pudiendo variar hasta en un mismo poeta.

La forma regular es comparable á esas suntuosas, amplias y ricas vestiduras que no ciñen el cuerpo humano, disimulándolo solamente; y el verso libre, por el contrario, sigue fielmente todos los contornos del pensamiento, dibujándolos con su gracia móvil y sinuosa. El primero recuerda esos trajes vistosos y de afectada elegancia con que vestían los maniqués Guido y sus alumnos; el segundo evoca esas telas ligeras, flexibles y dóciles á la variedad de los ademanes, propias de los pintores de las más sanas y florecientes épocas del arte.

\* \*

Si de estas consideraciones generales pasamos á ocuparnos del movimiento simbolista español, hemos de convenir en que su desarrollo es bien enteco y mezquino, pues diríase que nuestra raza era refractaria al símbolo. Sólo dos nombres recordamos de escritores simbolistas que tengan dotes suficientes para ostentar este título: Francisco Villaespesa, cuya escritura nos parece ha pasado por el tamiz de la de Rubén Darío; y sus adeptos americanos y Manuel Machado, escritor cultísimo, que en su último libro «Alma» procura despojar á la tendencia del extranjerismo que la informa, españolizándola en todo lo posible, y cuyo temperamento artístico nos recuerda el de Paúl Fort, delicado autor de las «Baladas francesas».

En la moderna literatura española la tendencia que impera es indudablemente la «impresionista», á la que pertenecen, incluso Benavente, Baroja, Valle Inclán, Sawa, Luna, Bueno y tantos otros distinguidos escritores que tienen por principios el cuidado minucioso de la escritura y la obsesión de la palabra y de la imagen. Son impresionistas que quieren expresar la poesía de lo real, que tal vez por esto conceden demasiada importancia á la apariencia de las cosas, pintándolas con exactitud algo seca, y que ocupan en la novela y el cuento la plaza de los *punteistas* en la pintura.

\* \*

¿Cuál debe ser el programa que presida en su labor á los nuevos literatos? Introducir en el medio estrecho y burgués de las letras españolas todas las ideas heterogéneas de la Europa intelectual moderna; enseñar á la juventud á pensar por sí misma, obligando á cada uno á seguir sin trabas el camino que le dicte su intuición de lo bello y teniendo en cuenta el ridículo que á manos llenas se les prodiga, unirse y disciplinarse; sin perder por eso su idiosincrasia particular, en pró de los sagrados intereses del Arte. Piensen que los más escogidos de ellos formarán una vanguardia que tenga por misión principal facilitar el trabajo á los artistas del

porvenir; y puesto que á casi todos puede aplicárseles la teoría de Taine sobre la influencia del medio, pero á la inversa, según la epresa Huysmann, «el medio obra entonces sobre ellos, pero por la indignación, por la repugnancia que les inspira», luchan para lograr la creación de uno nuevo.

GONZALO GUASP.

## VIOLETAS Y AMAPOLAS<sup>1</sup>

I

Lucen las amapolas  
entre espigas morenas,  
y en el jardín ocultas  
viven las violetas:

Estás por su perfume,  
por su color aquéllas;  
de la beldad efímera  
y del pudor emblemas:

Si unas y otras, oasis  
del mundo, al alma alegran,  
hadas de amor ¡oh flores!  
las mujeres son esas.

II

Ayer te ví, mi amada,  
con tan precioso traje,  
que me quedé suspenso  
en medio de la calle.

Al gustar el hechizo  
de tu gentil donaire,  
agolpóseme al rostro  
del corazón la sangre.

Veloz mi pensamiento  
sin duda te dió alcance,  
porque hacia mí en la esquina  
volvió su cara un ángel.

III

Una pareja honrada  
y alegre, con sus niños,  
sobre el mullido césped  
festejaba el domingo.

Regio cortejo fúnebre  
pasó... ¿Quién era el ido?  
Un personaje, un Crespo  
feliz... hasta el suicidio.

Misterios de esta vida,  
que más parece abismo;  
¿Serán los ricos, pobres?  
¿Serán los pobres, ricos?

IV

Linda rosa de Otoño,  
meretriz de las auras,  
en el jardín te ostentas  
cada vez más bizarra.

La vida es paraíso  
donde brillan tus gracias,  
pues la segur del tiempo  
sobre tu faz no pasa.

Misterio tan hermoso  
sólo de Amor dimana,  
que al modelar tus formas  
se te escondió en el alma.

V

Del letal manzanillo  
hojas cubren sus sienes;  
como Satán se ríe...  
¡Mirad!, el Odio es ese.

Una deidad, ornada  
de amaranto y laureles,  
surge de pronto, y dice:  
«Gloria es mi nombre ¡vedme!»  
—¡Atrás! exclama el Odio.  
—Vasallo ¿y tú qué puedes?  
—Yo doy muerte á la vida.  
—Y yo vida á la muerte.

VI

Dáme, sublime Apolo,  
el delicado plectro  
con que endulzar se logra  
la música del viento.

Yo en el fragante bosque,  
alcázar de los ecos,  
felicitar los días  
de mi querida pienso.

¡Y ella vendrá...-Dos tórtolas  
entre las frondas veo  
que se arrullan juntando  
sus picos en un beso.

VII

Ruedan las nubes: grita  
contra el ramaje el Noto:  
secos están los campos...  
¿qué anuncian?—El Otoño.

Pasad, pasad insuyendo,  
horas de grato insomnio  
mientras naturaleza  
obra en su alquimia asombros.

Llegue el invierno triste  
con nieves por adorno;  
¡mortajas de Saturno  
que Flora trueca en sólios!

VIII

Huya la adolescencia,  
y hay más luz y más vida:  
generosas pasiones  
al corazón animan.

Todo es bello, sublime,  
pues se ve por un prisma  
de mágicos colores  
que la atención cautivan.

Después es otra cosa;  
nueve lustros encima,  
poca salud y penas...  
¡Ya somos egoístas!

IX

Tranquilidad del alma...  
¿tú existes y te burlas  
del pobre ser humano  
que con afán te busca?

¡Qué horror!-Si á mis pasiones  
luz y placer circundan;  
¿cómo súbito vuelven  
el hastío y la duda?

Desconfiado, imbécil  
vivo en perpétua lucha...  
Quien no va á la moutaña  
¿cómo ha de hallarla nunca?

X

—Weber te dá quejidos,  
armonías Bethoven,  
¿y callas?—Ya no vuelo  
entre árboles y flores.

—Otros pájaros cantan  
no en tan lindas prisiones:  
—Nacieron para esclavos:  
¡yo soy rey de la noche!  
—¡La libertad bendices...!  
—El ruiseñor es noble.  
—¿Y mueres...?—No conozco  
mejor himno de amores.

<sup>1</sup> GENTE VIEJA no acostumbra á publicar poesías largas, pero se honra haciendo una excepción con el trabajo *Violetas y amapolas*, de nuestro querido compañero D. Manuel de Llano y Persi, patriarca de la política y de la literatura española, eternamente joven de entendimiento, y cuya honradez, virtudes y consecuencia, le hacen ejemplo vivo de lo que fueron los hombres de la generación pasada.—(N. de la R.)

## XI

Hay un *dolce far niente*,  
de los poetas culto,  
que al éstasis conduce  
sin dicha ni infortunio.

Imágenes doradas,  
el hoy y ayer confusos  
surgen, se estinguen, tornan  
en rápido tumulto.

Quizá á través del sueño  
se vea lo futuro...  
Si el sueño es otra vida  
mejor, ¿no hay otro mundo?

## XII

—Me llaman Esperanza  
y de los cielos bajo.

—Yo de la tierra subo  
y Libertad me llamo.

—A mí me necesitan  
los pueblos desgraciados.

—A mí me desconocen,  
ilusos, más que ingratos.

—Adios. ¡Yo soy consuelo!  
—Adios. ¡Soy holocausto!

—¡Tú sublimas al mundo!

—¡Tú al hombre haces cristiano!

## XIII

Con viajar se ilustra  
mucho el hombre, y consigue  
ennoblecen los gustos  
que á sus prejuicios rigen:

Distante del teatro  
que tanta ineptia ríe,  
consigo mismo á solas  
aprende á redimirse...

No es de extrañar entonces  
que su conciencia grite:

"*Ubi bene, ibi patria.*"  
"alma y razón son libres."

## XIV

Oid las melodías  
del órgano, sonoras,  
que su augusto consuelo  
á las almas arrojan.

Un coro es de los ángeles,  
un himno de su gloria,...

—¿Dónde estoy? — "Junto al  
[templo  
en que los buenos oran."

—Y ¿nadie más? — Los malos  
tambien en él se postran"...

—Entremos ¡alma mia!

que enferma estás y sola.

## XV

Recógese el ganado  
que hacia el aprisco sube:  
calla el viento: algún ave  
rompe el silencio lúgubre.

Colinas y praderas,  
y en lontananza nubes  
de diáfanos contornos,  
irradianse de lumbré...

Es un Oca-o, un día  
más que entre sombras huye  
cuando el trabajo cesa,  
¡eterno *via crucis!*

M. DE LLANO PERSI.

lo somos de todos los hombres, aun de los más extra-  
viados; y particularmente de éstos, por lo mismo que,  
como dijo Jesús, los *sanos no necesitan médico.*

D.<sup>a</sup> C.—Pues os lo pagarán á coces y mordiscos.  
¡Quedaréis lucidos! ¡Gran negocio!

D. J.—Si el dinero y las comodidades constituyeran  
la mayor felicidad, tendrías razón. Pero hay una feli-  
cidad más alta que la de comer pastelillos y estar sen-  
tado en una butaca, que es la felicidad de estudiar la  
Naturaleza y hacer el bien á nuestros semejantes, arran-  
cándoles de la ignorancia y el vicio. No hay que tener  
por enemigo á nadie. En la inteligencia de que quien más  
perdona es el que vence, porque él es el superior; dado  
que el perdón de las ofensas es trabajo que no todos  
los hombres tienen fuerzas para realizar. Y si no media  
otra ofensa que la de creer lo que no creemos nosotros,  
más fácil nos ha de ser hacernos cargo del respeto que  
merece aquel que no tiene mejor cabeza, que no puede,  
como es de suponer, pensar con la del vecino y que,  
al acusarle de equivocado, podemos ser nosotros y no  
él quienes lo estemos, si es que no lo estamos todos.

CARMEN.—Tiene Ud. razón, papá.

D.<sup>a</sup> C.—Yo lo decía porque como siempre se habla  
tan mal de los moros....

D. J.—¡Pues figúrate lo que les habrán hablado á  
ellos de nosotros para que, sólo en España, nos hayan  
hecho la guerra durante cerca de ocho siglos seguidos!  
Con la gran *postdata* que terminó en la célebre batalla  
naval de Lepanto, y con el ensañamiento bastante para  
que nos aborrezcan hasta más allá de la muerte, en tér-  
minos de negarse á que nuestros cadáveres duerman el  
sueño eterno al lado de los suyos.

C.—¡Qué saña tan atroz!

D. J.—Por eso es un feliz acontecimiento el Con-  
greso Médico internacional que ha de tener lugar en  
el mahometano Cairo desde el 19 al 23 de Diciembre  
próximo venidero.

A.—¿Pues sabe Ud. lo que le digo? Que algún tra-  
bajillo les habrá costado á los iniciadores de ese Con-  
greso vencer las preocupaciones y el fanatismo de mu-  
chos de sus compatriotas, erigidos allí en autoridades  
médicas ó políticas.

D. J.—Esa es su mayor corona de gloria. ¡Benditos  
sean!

D.<sup>a</sup> C.—¡No me quedaba más que ver en este mundo  
que á ti echando bendiciones á esos sátrapas!

D. J.—¡Qué cosas tienes tan agradables, mujer! Ben-  
digo en ellos la rectitud de su intención, que les ha  
conducido á triunfo tan espléndido y memorable para  
la Humanidad. ¡Benditos sean ellos, repito, que tal bien  
nos han proporcionado á todos!

A.—¡De qué buena gana iría yo á ese Congreso, si  
fuera médico!

D.<sup>a</sup> C.—¿Para qué? ¿Para aprender á tener veinte  
mujeres, como dicen que tienen los de la religión de  
Mahoma?

A.—Crea Ud. que para eso no hay que ir al Cairo  
ni á Constantinopla. ¡Qué inocente es Ud.!

D. J.—¡Antonio! Lo que tenemos por errores aje-  
nos debemos rectificarlos sin saña ni ironía. Mucho más  
si se trata de una madre. El equivocarse no es un pe-  
cado, sino una desgracia; porque en ello no hay vo-  
luntad de hacer el mal, sino al contrario. Todos cree-  
mos acertar, y cuanto más fanáticos, más. De aquí el  
derecho á que se nos guarden las consideraciones de-  
bidas á las personas honradas. Pues volviendo al *Pri-  
mer Congreso de Medicina egipcio*—que es como se  
le llamará oficialmente—, va á estar exornado con ex-  
pediciones preciosísimas, que se detallan en la circu-  
lar suscrita por el Presidente del Comité español,  
doctor D. Baldomero González Álvarez. Las habrá á  
las Pirámides, á Tebas, Menfis, el Mokattan, la isla de  
Rhodas, los Colosos, la primera catarata del Nilo, et-  
cétera, etc. Pero lo que hallo más significativo y tras-  
cendental, por lo que interesa á la paz de los hombres  
de buena voluntad, está en la *visita á las Mezquitas de  
los Sultanes Hassán y Mehemed-Aly* y á la de Amrou y la  
*Iglesia copta*, y á la advertencia que se hace en el pro-  
grama del primer día de expediciones, con referencia  
á la de la tarde, diciendo que "*si es viernes, se asis-  
tirá en la Mezquita de Amrou á la oración de los der-  
viches.*"

A.—¿De modo que permitirán entrar en los templos  
mahometanos á personas que no tengan esta religión?

D. J.—Pues eso es precisamente lo que merece ma-  
yor satisfacción y alabanza. Y más tratándose de la  
Mezquita de Amrou, de un convento ó comunidad de  
derviches que siempre han tenido la mayor fama de in-  
transigentes y fanáticos.

C.—¿Y qué son esos hombres?

D. J.—Una especie de frailes mahometanos. Mira,  
Antonio, te vas á pasar por la Carrera de San Jeró-  
nimo, donde está la Agencia Cook, no me acuerdo qué  
número—pero cualquiera te dará razón—, y vas á pe-  
dir un prospecto del Congreso Médico egipcio, para  
que lo leamos. Y si no, mejor será que lo pidas en  
casa del Dr. González Álvarez, que vive en la calle de  
Fernando VI, núm. 11.

D.<sup>a</sup> C.—¡Vaya con el dichoso Congreso! Ya ha en-  
trado de guardia esta nueva chifladura y tenemos diver-  
sión para rato. Eres como los muchachos.

D. J.—Pues mira, no me disgusta la semejanza.  
¡Ojalá me la hicieras buena!

A.—¡Más vale parecerse á los alegres muchachos que  
á las señoras mayores gruñonas!

D. J.—¡Chhh...! Conque ya estás enterada, querida  
Catalina, de que por el camino de esta novedad, que á  
ti te asustaba un poco, vamos á parar en derechura al  
afianzamiento de la paz entre los hombres.

D.<sup>a</sup> C.—¡Dios quiera que no os salga la burra capada!,  
como dicen en el pueblo.

A.—¡Ah! Eso es muy bonito y hasta muy científico.

D.<sup>a</sup> C.—Y tú muy tonto y muy insolente. ¡Vaya con  
el sabio!

A.—Lo digo por los del pueblo, y es una broma.  
Además, no es culpa de Ud. el que no se acostumbre  
enseñar á las mujeres sino las meras labores de la  
casa.

D. J.—Pues se conoce que te se olvida eso muy á  
menudo.

A.—Es que me hace gracia ver á mamá tan apurada  
por las cosas más sencillas, y me gusta asustarla y en-  
redarla un poco más. Ella sí que me parece á mí una  
niña, con la que juego y me divierto de este modo.  
¿No lo hace mamá con Ud. mismo? ¿No dice que es  
usted como los muchachos? ¿Y será porque no le quiera  
á Ud.?

C.—¡Ya lo creo! Bueno, pues dala un abrazo.

A.—¡Allá va! Y bien apretado.

EDUARDO SANCHEZ Y RUBIO.

## RATOS DE SOBREMESA

### El primer Congreso Médico internacional egipcio.

D.<sup>a</sup> CATALINA.—Con todas esas cosas, no sé dónde  
vamos á ir á parar.

ANTONIO.—Lo que debía llevar al Cairo cada mé-  
dico cristiano era una escuadra en uno de los bolsillos  
del gabán y un ejército en el otro, y ¡*plín, pan, pun!* aca-  
bar allí en el acto con todos los moros de Egipto. ¿No  
es verdad, mamá? ¡Eso sí que sería magnífico!

D. JOSÉ.—¡Siempre lo mismo! Te has acostumbrado  
á la imprudencia, que es muy peligrosa compañera de  
viaje. Te lo recuerdo por la centésima vez. Mamá se  
sorprende del suceso, y tiene mucha razón para ello;  
porque es, en verdad, un hecho extraordinario que de  
una región tenida por inculta ó poco menos, y que pro-  
fesa una religión no admitida en Europa, salga una po-  
derosa voz llamando en nombre de la ciencia médica  
á cuantos la profesan en el mundo, para que la honren  
y enaltezcan unidos á los médicos egipcios; los cuales,  
igualmente que sus autoridades todas, ofrecen á los in-  
vitados el más cordial recibimiento, preparándoles ob-  
sequios y agasajos verdaderamente interesantes en to-  
dos conceptos. No sé si el pueblo egipcio participará  
de estos elevados sentimientos y pensamientos de sus  
prohombres, y si les secundará ó no en su noble acti-  
tud para con los extranjeros así convocados. Me ima-  
gino que, si lo hace, será arrastradamente, pues no es  
de suponer que esté á la altura de sus directores; pero  
de lo que estoy seguro es de que la más eficaz de las  
enseñanzas está en el buen ejemplo, y de que el pue-  
blo egipcio, como todos los demás, no necesita otra  
cosa. Es, pues, un suceso fausto para la Humanidad este  
Congreso científico internacional.

D.<sup>a</sup> C.—¿De manera que nos vamos á hacer amigos  
de los moros?

A.—¿Lo ve Ud., papá?

D. J.—Silencio. Cuantos seguimos los pasos de  
Cristo en religión, de Sócrates en filosofía y de los mé-  
dicos y demás hombres de ciencia de todos los tiem-  
pos, no tenemos que hacernos amigos de nadie, porque

## LUZ Y SOMBRA

Cuando en el pavimento la persiana,  
como listada piel de tigre hircana,  
de sombra y luz solar tiende una alfombra,  
si en ella clavo con tesón la vista  
cambiando de tamaño cada lista,  
mientras mengua la luz, crece la sombra.

Yo bien sé que, aunque siempre repetido,  
sólo es vana ilusión de mi sentido  
ese de sombra y luz efecto extraño:  
yo bien sé que, si aparto de él la vista,  
al mirarlo de nuevo, cada lista  
recobra su figura y su tamaño.

Pero es triste, muy triste, Dios clemente,  
que así también, cuando tenaz y ardiente  
persigue el hombre la verdad desnuda,  
si en los grandes problemas un momento  
fija con atención el pensamiento,  
mientras mengua la fe, crezca la duda.

FEDERICO BALART.

LA PATTI<sup>1</sup>

Los creyentes se inclinan ante sus ídolos sin discutirlos; los escépticos los miran de frente y los estudian. En tal concepto, la crítica debe ser escéptica.

Agotados los elogios con que colman á la diva ambos Continentes, nos proponemos dar nuestra impresión sobre lo que es la Patti de 1880 y en qué difiere de la Patti de 1862, cuando hizo en París su aparición primera en *La Sonámbula*.

La Patti es hoy el fenómeno que era: una organización musical admirable. Su voz, pura y cristalina, nada ha perdido en el intervalo de esos diez y ocho años, empleados en recorrer todas las capitales de Europa, sembrando notas y cosechando aplausos, en oro y pedrerías engarzados. Más bien ha ganado en timbre y en fuerza, sin que se advierta aún en ella, con haber variado de repertorio, el desnivel que se advierte generalmente en el paso del género de medio carácter al dramático.

La naturaleza, sin embargo, reclama sus derechos hasta á los seres privilegiados. Amina, Rosina, Lucía, Norina, Linda, fueron y serán las genuínas encarnaciones de la Patti. Cantará Leonora, Selika, Aida, Valentina de *Los Hugonotes*, porque la flexibilidad de su voz y de su talento se lo permiten; pero lo logrará mediante un esfuerzo. Así desesmaltará esa joya; así alterará antes de tiempo ese órgano magnífico y sonoro.

La variación de repertorio es un escollo que no ha querido ó podido evitar; y decimos podido, porque el público impone sus caprichos y el repertorio dramático es el de su predilección. Las composiciones modernas exigen del cantante efectos que sacan á la voz de sus cimientos y la inutilizan después para el canto sostenido y amplio de la antigua escuela italiana, la que nos dió recientemente dos modelos en Alboni y Frezzolini, la única que enseña á cantar, la que siempre trata á la voz como al más delicado y grato de los instrumentos.

En esta, que pudiera llamarse segunda manera de la Patti, cual si no la bastase ser un instrumento casi divino para la expresión de los afectos tiernos, baja y sube la escala de las pasiones, llevando la energía y la violencia á las situaciones que lo requieren, poniendo en su dicción más acento, y más calor y vida en la declamación.

Ya no es aquella niña que en América parecía nacida para los conciertos, ó aquella joven que en Londres y París economizaba sus facultades, calculando alguien por ella, entre bastidores, lo que valía cada nota, adiestrándola en hacer sentir sin sentir.

El progreso en esa vía es evidente, contenido sólo por las condiciones físicas de la actriz, que no responden á sus admirables dotes de cantante. ¡Cómo concebir á la Patti personificando á la babilónica Semíramis! ¡Cómo oír de su boca, sin perder la ilusión escénica, aquella imprecación de Lucrecia:

*¡Don Alfonso, mio quarto marito!*

Si hay progreso en la expresión dramática, no le hay, todo lo contrario, en la elección de *apoggiature*, cadencias, calderones y demás adornos

<sup>1</sup> Hoy que se habla de la definitiva retirada de la escena de la Sra. Patti, vuelve á ser de actualidad, siquiera como retrospectiva, una revista que en 1880 publicó nuestro querido amigo, y desde hoy compañero, el *mozo viejo* D. Adolfo Calzado, revista que los lectores de GENTE VIEJA han de ver con gusto, como modelo de la independencia de juicio con que se escribía por aquel entonces.

que constituyen el floreo y la brillantez de la ejecución. Se resiente la Patti de sus primeros maestros y de sus primeros públicos. En medio de esa organización, italiana de origen y de tradición, italiana de intuición y de sentimiento, revélase de cuando en cuando el mal gusto norteamericano.

Lo mismo varía á su antojo los preciosos arabescos de la música de Rossini, que le ajusta arbitrariamente un añadido á la música sobria y dramática de Verdi ó acaba con una cadencia impropia del estilo del compositor. Esas notas picadas, que llaman los franceses *cocottes*, puestas á la moda por la Lagrange y vulgarizadas después por la Patti, hasta el extremo de que todos los géneros tienen que consentirlas porque el público incurre en la debilidad de aplaudirlas, estén ó no estén en su lugar, esas notas picadas las prodiga, sacrificando al efecto los verdaderos y levantados recursos de su arte. Del mismo modo introduce una escala cromática en el aria de salida de *El Trovador*, ó edifica en las cadencias dos ó tres pisos innecesarios para llegar al registro en que arranca el aplauso.

Cuando se poseen casi dos octavas y media de la voz más homogénea y brillante que se ha oído; cuando Dios pone en la garganta y en el corazón de un artista la llama del genio — porque la Patti es indudablemente un genio —, sorprende y apenas esa falta de buen gusto.

Hechas estas salvedades, admiremos á la Patti como á la representación más fiel en la actualidad del arte italiano, si no en toda su pureza, en todo su esplendor.

ADOLFO CALZADO.

CURIOSIDAD LITERARIA<sup>1</sup>

## PAN DE VIENA

La sombra, el misterio, las aguas, los vientos,  
las cuatro mansiones, los cuatro elementos,  
la estrella polar,  
el fuego sagrado y el falo fecundo,  
la atmósfera, el germen, el átomo, el mundo,  
la vida y el mar.  
(*Kosmos, poema Krausista. — Canto II. PAN.*)

Bobadas, sandeces, utopías, locura,  
conceptos abstractos, ideas oscuras,  
gramática no,  
tinieblas, dislates, lenguaje afectado  
germano y romance confuso y mezclado,  
filósofo yo.

Aullidos del genio, siniestras visiones,  
fantasmas y nubes, terribles canciones,  
continuo bramar,  
relámpagos, truenos, ronquidos de espanto,  
inmundos placeres, prolífico llanto,  
y en medio la mar.

Arroyos, torrentes, orillas, arbustos,  
objetos mezclados de todos los gustos  
en valle gentil,  
palmeras y fuentes, cipreses y pinos,  
melones, patatas, silvestres pepinos  
y el ferrocarril.

La blanca azucena y el sol refulgente,  
lo abstracto, lo externo, lo en mí, lo inmanente  
y el conscio también,  
la urística, el acto, el genio, el esquema,  
el hombre, el concepto, el yo y el problema  
la idea del bien.

<sup>1</sup> De *El Mundo Cómico*, 1871-1873. Resulta curiosa esta composición, que presenta el modernismo y el abuso del color.

Vizcaya, Granada, el Ebro, el Danubio,  
la Nueva Zelanda, Sevilla el Vesubio,  
Frascuelo y Bismarck,  
la verde pradera, la altiva montaña,  
el junco, la higuera, la oliva y la caña  
y el astro solar.

El leve suspiro, la alegre sonrisa,  
el plácido beso, la virgen sumisa,  
el canto de amor,  
el hombre pensando, la linda cotorra,  
la altiva chistera, la clásica gorra,  
la piel del tambor.

La bella sultana, la reja florida,  
el grato perfume, la flor combatida  
del viento á compas,  
el triste sepulcro, el blanco esqueleto,  
la vieja y el hombre, la niña y el feto,  
la esperma y el gas.

La humilde cabaña y el rico palacio,  
el aire, el vacío, el Ether y espacio,  
la aurora boreal,  
el néctar divino, la horchata de chufas,  
el blando merengue y el pavo con trufas  
abierto en canal.

La silba horrorosa en noche de estreno,  
el ruido de un coche, la voz del sereno  
cantando las dos,  
el ronco rugido de perro rabioso,  
la aleve estricnina, su aspecto asqueroso,  
el hipo y la tos.

El cóncavo pozo, la cueva sombría,  
la turbia corriente, la noche y el día,  
el ansia, el afán,  
expresan, agitan, demuestran, envuelven,  
describen, adornan, plantean, resuelven  
el canto de Pan.

¿Por qué tanta frase mezclada y confusa  
sin plan, ni sentido, ni enlace, ni musa,  
pregunto, por qué?

¿Por qué tal desorden y tal laberinto  
sin norma, sin arte, sin fe, sin instinto?  
Pues ahí verá usted.

BOABDIL.

## DON RUPERTO DE ALGARRA

(DE PROFESIÓN CURIAL)

I

Tiene cincuenta y dos años y es soltero.

Nació en tierra de Toledo, pero vive en Madrid hace treinta y dos, y tiene casa puesta en la calle de los Mini-triles, 55, tercero.

Habita con su hermana D.<sup>a</sup> Gertrudis, de cinco años más que él, viuda y modesta pensionista del Estado, que es la que lleva el *peso de la casa*.

Consiste este peso en limpiar una sala, dos alcobas, el despacho, un *conato* de comedor que hay antes de entrar en la cocina, y en *azotar* á una alcarreña, de las de cuarenta reales al mes, soldado y río, para que cuide del puchero, haga el guisado por la noche y compre la escarola fresca y no *manida*; teniendo la precaución de hacerse regalar el perejil por el verdulero.

Fuera de esto, D.<sup>a</sup> Gertrudis sólo se ocupa de ir á las Cuarenta Horas, mondar los cañamones para sus jilgueros y hacer media de estambre para su hermano D. Ruperto, que padece dolores reumáticos.

La casa es un modelo de orden: en la sala hay una



consola de pata de cabra y piedra de mármol; encima hay dos floreros algo lacios, porque las flores son de cera y treinta y dos veranos en Madrid las han ajado mucho; entre los dos floreros hay un reloj de zinc, que representa á Juana de Arco después de la batalla de Orleans (por un capricho del artista, al lado de la figura de Juana hay una cabra con cuernos plateados). Hay también un espejo de marco dorado, cubierto, luna y todo, con una gasa de color de fresa, sobre la que resaltan ciertos puntos negros, indudablemente vestigios del paso de las moscas.

En el suelo, debajo de la consola, hay un juego de café de porcelana blanca, con ramos dorados, y delante de él una cola de pavo real artísticamente colocada en forma de abanico.

La sillera es de reps verde, y el sofá, de forma de los llamados *vis á vis*, tiene, á la altura en que se supone ha de llegar la cabeza de los que se sienten, unos cuadritos de *crochet*, para evitar que la grasa del pelo estropee la tela. Hay en el centro un velador de caoba, y encima del velador dos cajas de dulces, es decir, que fueron de dulces, algo deterioradas, porque proceden de la boda de D.<sup>a</sup> Gertrudis, un juego de tresillo de *maqué*, y una *chuflet* de plata.

La alfombra es á rayas, de aquellas que se hacían hace cuarenta años y se conocían en el comercio por *de empresas varias*.

También hay cuadros: á la izquierda, en un marco y dentro de un cristal, hay un perro de aguas, bordado de relieve, con los ojos de avalorio verde, y un letrero bordado con estambre encarnado, que dice. *A su tía Gertrudis, su sobrina Paca*.

(Algo redundante es el letrero, porque tratándose de una obra dedicada á su tía, bastaba con que el artista hubiera firmado *Paca*, sin necesidad de añadir que era su sobrina).

Hay otro grabado que representa á la Reina Cristina en el acto de abrir las Cortes en 1833, y un retrato de D. Ruperto al daguerreotipo, de aquellos que no se pueden mirar por ninguna parte y de que únicamente se hace cargo el espectador después de haberse colocado en venticinco posiciones distintas, y sólo á beneficio de ponerse la mano extendida sobre los ojos, en la posición del que se quita el sol en el campo.

Entonces se ve á D. Ruperto con foques y corbatín, con un sombrero que ocupa la mitad del cuadro, con un bastón artísticamente colocado entre las piernas y las dos manos encima del puño, entre las que estruja convulsivamente un guante, levita de talle largo y entallado, y la cruz del Siete de Julio en el ojal.

Como obras de arte, fuera de las descritas y un par de huevos fritos con jamón, esculpidos en piedra, que hay en una rinconera, no se ve en la sala nada más digno de llamar la atención, si se exceptúa una guardamalleta que hay sobre la ventana y dos clavos romanos que sirven de alzapauços preventivos, porque no se tiene noticias de que haya habido colgaduras nunca.

El despacho es más sencillo. Hay una librería de un solo cuerpo, en la que están los *Códigos españoles*, el *Febrero novísimo*, el Diccionario de Escriche, las sentencias del Tribunal Supremo, algunos tomos de la colección de decretos, la ley de Enjuiciamiento civil, la criminal, algunos tomos del Diccionario de Madoz, y en la parte baja cierto número de autos, cubiertos de respetabilísima capa de polvo.

Hay cuatro sillas, dos mesas y un reloj de pared con las pesas al aire, y una viñeta en la esfera que representa un valenciano en jarras y con zaragüelles.

La mesa grande es la de D. Ruperto. Hay una escribanía de metal dorado de San Juan de Alcaraz, de aquellas que tienen tintero, salvadera, oblera y hasta campanilla; una carpeta que ha sido de hule, y á la que una serie de sucesivas capas de arenilla y de tinta ha hecho pasar por diversos estados, desde el en que parece papel de lija, hasta el de badana.

La mesa está sembrada de papel de oficio y de citaciones á juicio de conciliación, cuyos blancos para los nombres del demandante y demandado, y objeto de la demanda, parece que están diciendo: «¡Llenadme!»

Hay también en la mesa un paquete de tabaco picado, un librito de papel de fumar del *León rapante*, una caja de fósforos y un ovillo de hilo encarnado.

En la mesa chica, una falsilla, una carpeta hecha con varias *Correspondencias* y una jícara con tinta; en ella (en la mesa) se sienta una máquina de escribir y andar que se llama Fermín: gana tres reales diarios, tiene las manos llenas de sabañones y apenas si llega con la barba á la carpeta, por más de que es más útil á nuestro D. Ruperto que cualquier escribiente hecho y derecho.

## II

Conocida la habitación de D. Ruperto, la que nos da ya una idea de su economía, orden y concierto, prescindiendo de su historia, que nos llevaría demasiado lejos, vamos á estudiarle en sus ocupaciones.

Se levanta á las ocho en todo tiempo; extiende las citas que ha de llevar durante el día á los distintos Juzgados municipales, y da á Fermín una lista de las cuentas que tiene que presentar, porque D. Ruperto, en su calidad de curial, se encarga de cobrar de los deudores incobrables, á los que representa como cesionario de sus cuentas; cita á juicio, y después de que aquellos, ó han reconocido la deuda ó han sido condenados en rebeldía por haberseles hecho las tres citas y no haber comparecido á ninguna, se entiende con ellos á pagar en plazos mensuales, cuyos recibos lleva Fermín, y se da el pobre chico tantos paseos, que mengua, y no es porque deje de crecer, sino porque se desgasta por los pies. Hecha esta operación (la de la entrega de las cuentas), D. Ruperto trabaja en sus asuntos particulares, que consisten en poner al corriente las cuentas de algunas viudas y jubilados que administra, y á quienes adelanta sus pagas y hace préstamos con interés, retención y juicio convenido.

Recibe desde las once y media hasta las doce y cuarto, á cuya hora suelen visitarle los deudores que quieren evitarse un embargo mediante entrega á cuenta, los jubilados y las viudas que desean empréstitos, y algún alguacil que otro, con quienes conferencia reservadamente.

Come á las doce y media, y, como él dice, mientras come no recibe ni al *Verbo divino*, y á la una se dispara envuelto en su gabán, que lleva sobre el chaleco, á los Juzgados municipales.

Entra en todos *como de casa*, tutea al Secretario, pasa la mano por el cogote al alguacil con aire protector; él mismo se extiende algunas citas en las mesas del Juzgado; paga cuentas al Secretario y los Oficiales y recibe las consignaciones; sirve de hombre bueno si hay algún juicio y le necesita algún amigo; celebra los que tiene citados por su cuenta; pacta con los deudores los plazos en que ha de reintegrarse la cuenta que representa, y, á pesar de ser sólo curial, se hombra con algún abogado *que le firma* los escritos que necesita.

A las dos y media se dirige á las Salesas, conoce á todo el mundo, desde el portero hasta el último escribiente de las escribanías y el repartimiento.

Entra en la sala de Procuradores, y notifica y es notificado de la manera más familiar y francota que se hacen las notificaciones en España.

Sube á los Juzgados; va de mesa en mesa; los Oficiales mayores le miran con respeto, y los escribientes se extasían ante aquella cadena de reloj, que ni la de *Los pavos reales*.

Lleva un papel y un lápiz, con el que apunta los distintos trámites por que pasan los negocios que representa; conferencia con otros Procuradores, hace arreglos, firma diligencias que estaban sin firmar hace tres meses, á pesar de haberse actuado mucho después de ellas, y, por último, al salir de las Salesas queda de acuerdo para el día siguiente con uno ó dos Escribanos, para los embargos que ha de verificar.

Asiste siempre á ellos, y designa los bienes sobre los que ha de efectuarse.

Quien le vea marchar por la calle airosa y apresuradamente, llevando á la siniestra mano al Escribano, generalmente envuelto en su capa, debajo de la que va el rollo de papeles; á la diestra al alguacil, siempre con gabán, y el bastón debajo del gabán, colgado en el chaleco, de forma que sólo se le ve la contera que sale por entre los faldones, á guisa de espada de la ley, no sospecharía que aquella fisonomía fresca y casi juguetona va á dar la desazón á un ciudadano.

Conclúdas sus operaciones á las tres ó tres y media, va al café Oriental ó al de Lisboa, y toma café en vaso, una cucharadita de leche en la copa para hacerse un refresco, una copa de rom, bajo el hipócrita pretexto de que le echen gotas, y aún se lleva tres terrones de azúcar, todo por 50 céntimos de peseta, con propina y todo, lo cual produce que el mozo, á quien él tutea y llama Pepe, le diga:

—Vaya usted con Dios, Sr. D. Ruperto.

A las cuatro y media vuelve á su casa, pone en limpio las notas que tomó en las Salesas, prepara parte de trabajo para el día siguiente, y toma las cuentas á Fermín, á quien increpa duramente si no ha cobrado cuanto se proponía.

Recibe—de seis á ocho de la noche—viudas, jubilados y curiales, despide á Fermín, que está trabajando desde la mañana; cena á las ocho y media, y á las nueve y pico va al café de Puerto Rico, donde le esperan varios Procuradores que le *firman*, con los que departe de la política y caza, y esboza algún negocio; á las once vuelve á la calle de los Ministriles á esperar el día siguiente, calculando que la propiedad es sagrada, la ley augusta, incorruptible la magistratura, muy leal la curia, y que después de tanto trabajar sólo había ganado trescientos reales en aquel día, dedicado, como todos los de su existencia, á aliviar las desgracias de sus semejantes y á velar por los intereses permanentes de la sociedad.

JUAN VALERO DE TORNOS.

## YO EN LOS TOROS

*“Siempre que voy á los toros,  
oigo cosas que no entiendo,  
porque cuando son muy malos,  
me dicen que son muy buenos.”*  
(Canción popular).

—¿No ha venido usted á los toros?

—Ni una vez, señor don Pablo.

—¿Pues va usted á divertirse!

—Al menos ese es mi ánimo.

Pero perdóneme usted si le molesto ó le canso, haciéndole mil preguntas propias del que en este *ramo* nunca entendió una palabra, á pesar de desearlo.

—Tendré mucho gusto en ser *Cicerone tauromáquico*.

—Diga usted, ¿en qué consiste que apenas da el toro un paso, se vuelve al sitio en que está medio muerto aquel caballo, y con furor le cornea desde la cabeza al rabo, sacando al aire unas cosas que peor es meneallo?

—A cualquiera se le ocurre: que el toro se ha *encariñado* con el animal.

—¡Demonio!

¡Si llega á serle antipático!...

—No crea usted, que el torito me pareció al pronto un manso; pero veo que se *crece*.

—Pues yo le veo tan bajo como al salir del chiquero. Será mi vista, don Pablo.

(*Gritando*)—Corre, Zoca, que te agarra....

¡Te libraste de milagro....

(*Ap. á mí.*) Ese *ha salido por pies*.

—¿Es que se le han olvidado?

—Mire usted esa verónica,

¡Olé por los chicos guapos!

—¡Verónica!

—Ya lo creo.

¿Y por qué?

—Pues está claro; porque el diestro se coloca con la capa entre las manos

lo mismo que la Verónica al subir Cristo al Calvario.  
—¡Qué blasfemia! De manera que hace el toro en este caso el papel de.... ¡Jesucristo, y este es un pueblo cristiano!  
—*Muchos pies* tiene este bicho.  
—No le veo más que cuatro; pero, en fin, usted lo dice....  
—Ya me está usted mareando, y nadie tiene la culpa si no entiende el castellano....  
¡Ese toro está *pidiendo* más banderillas!

—Es falso.  
¿Cómo quiere usted que pida lo que le hace tanto daño?  
—Va usted á ver matar al *Curro*....  
¡Bendito sea tu garbol!...  
Acércate más...., no puede arrancarse, y no es extraño; el toro *no hace por él*.  
—¿Y qué es eso?  
—Que es marrajo y no se deja matar.  
—¡Hombre, yo haría otro tanto! (*Gritando*).—¡Curro! ¡*Sueltale una media* cuando esté más descuidado!  
—Conque no puede matarle después de treinta pinchazos, y tirándole una media cree usted que ha de lograrlo.  
¡Por Dios! Si no estoy demente, ustedes están chiflados, porque dicen unas cosas que no las entiende el diablo.

La función será española pero, amigo, los vocablos tienen en esta materia, un sentido tan contrario á nuestro idioma, que yo en ayunas me he quedado, y voy á salir por pies de la plaza. ¡Adiós, don Pablo!....  
Entraré en la enfermería para ver si es de cuidado la herida del picador, que me ha sido muy simpático. Y en efecto, allí me dieron, para enterarme del caso, el parte facultativo de este modo redactado:  
*«Agujetas* ha sufrido, al lidiarse el toro cuarto, una fractura del *cúbito* izquierdo; tres varetazos en el *cuello del humero*, contusión de tercer grado en la *cresta iliaca*, y dos heridas en la mano que interesan los tejidos *adiposos*....» ¡Enterados!  
¡Vaya una tarde la mía!  
¡Se la doy al más pintado!

TOMÁS LUCEÑO.

## UNA NOVELA AL REVÉS

## EPÍLOGO

Han pasado dos meses: Juan y Felisa se han casado y son felices.  
Juan, el día de la boda, llevó puestos aquellos dos adminículos que tantos disgustos le habían ocasionado.  
Hoy los tiene metidos en una urna, en la rinconera de su cuarto.

*Un lector*.—¡Pero hombre! ¿Qué manera de escribir es esta? empieza usted por epílogo, y todavía no sabemos quién es Juan, ni quién es Felisa, ni cuáles son esos dos adminículos que ahora están metidos en la urna.

*Yo*.—¡Ay! ¡Usted dipense! He dado á la imprenta el epílogo en vez de dar el primer capítulo de esta novela. ¿Qué le vamos á hacer? Ya no tiene remedio.

—Eso es jugar con los lectores.

—Bastante lo siento; pero ha sido una distracción. ¿Usted no padece distracciones?

—Bueno, bueno; basta de palique y á ver cómo arregla usted este pastel.

Francamente, no sé cómo componerme. Si usted se conforma, pondremos ahora el último capítulo, y así irá usted leyendo hasta llegar al primero.

—Con tal de que me vaya enterando, estamos conformes.

—Pues allá va.

## CAPÍTULO IV

Por último, al volver Juan á su casa encontró á su patrona, que estaba poniendo el grito en el cielo.

—¿Qué le pasa á usted, señora?—le dijo.

—¡Y usted me lo pregunta! ¡Usted, que parecía tan bonachón! ¡Usted, sin saber por qué, me ha usurpado mis botitas de los días de fiesta!

—¡Ah! ¿Eran las de usted? ¿De veras son de usted?

Y aquí Juan pensó para su capote el pie remono que tendría su patrona, cuando sus botas le habían venido á él bien.

Para consolarla y convencerla de su equivocación, tuvo que convidarla á comer pavo trufao, y el pobre Juan, por aquellas terribles botas, *pagó el pato* por tercera vez.

Volvió á ver á Felisa al cabo de algunos días, y ésta le puso buena cara.

Por fin, una tarde que Juan salía de paseo con las botas de su patrona; porque el zapatero no había terminado las nuevas, y porque la patrona se las había regalado, encontró á su novia, habló con ella, y ¡oh felicidad! Felisa le dijo que fuera á pedir su mano á su papá, pero que *se pusiera las botas*.

El papá le contestó que en acabando la carrera podría casarse con su hija.

Faltaban dos años.

Pero para el que ama no hay imposibles, y Juan determinó estudiar en dos meses los dos años que le faltaban, aprovechándose de la libertad de enseñanza.

¡Qué prodigio de chico!

*El lector*.—Pues me quedo tan enterado como antes.

*Yo*.—Verá usted; leamos el capítulo tercero, y así tal vez lo entienda usted mejor.

## CAPÍTULO III

Al salir Juan de aquella tienda donde tan buena acogida había tenido, se fué disparado á su casa; pero como el pobre chico estaba medio loco por la fuerza de los acontecimientos, en vez de entrar en el portal de su domicilio, se entró en el de enfrente, y al subir el primer tramo de la escalera tropezó con un hombre que, cogiéndole por el pescuezo, después de haber dirigido unas furibundas miradas á las novelescas botas de nuestro tipo, le hizo entrar á empellones en una habitación y le arrojó de un embite á los pies de una señora fea y arrugada, que estaba en la sala principal.

—¿Me negarás—dijo aquel hombrefurioso—que este hombre es tu amante?

—¡Cómo! ¡Marcial! ¿Qué dices?—contestó la señora fea; yo no conozco á este caballero.

—¿Qué no le conoces? ¡Si es el vecino, mujer, si es el vecino!

—En efecto, no le había conocido; pero ¿eso te autoriza para suponer que ese joven sea...?

—No repliques; mira la prueba más grande que podía presentarte, mira ese par de botinas que yo te regalé el día de tu santo, y que ahora se deshonoran al verse en los pies de ese mozalbete.

—Caballero—se atrevió á decir Juan— estas botas....

—Cállese usted.

—Estas botas.... —añadió la señora de D. Marcial, se las he regalado yo el otro día á doña Pascuala del Catre, la patrona de huéspedes de ahí enfrente.

—No puede ser—pensó Juan—porque me vienen anchas.

D. Marcial pareció calmarse un poco con aquella explicación, y dejó marchar á Juan, pero advirtiéndole que si le volvía á ver haciendo señas á su esposa, le rompía el bautismo.

—Juan salió precipitadamente de aquella madriguera, pensando en los motivos que podía haber dado para que aquel hotentote de D. Marcial imaginara que tenía relaciones con su esposa, una vieja fea, y por añadidura arrugada.

Cuando salió á la calle, miró los balcones de aquella casa, y lo comprendió todo. En el piso segundo vivía su adorada Felisa, y como pasaba el día haciéndole cucamonas, D. Marcial, que vivía en el primero, se figuró que iban dirigidas á su mujer.

Juan no pudo menos de reirse de la aventura, y entró en su verdadera casa.

¡Cuántos contratiempos en tan corto rato!.... ¿Eran pocos?

*Yo*.—Apreciable lector, ¿te vas enterando?

*El lector*.—Un poco.

—Pues leamos el capítulo segundo.

## CAPÍTULO II

Juan volvió á su casa en un dos por tres.

Había dejado á su novia en el paseo, y podía encontrarla en seguida.

Se puso las botas que primero halló á mano y salió otra vez.

A los pocos pasos que dió por el Prado, vió á Felisa con su papá.

No sabía qué hacer para que viera las botas.

Se paraba delante de ella y se limpiaba el polvo de aquellas botinas con el pañuelo. Le pisaba la cola (del vestido) á su amor. Nada, ella, inflexible, no quería reparar en él.

Por fin, una vez que pasó al lado del papá de Felisa levantó Juan la pierna derecha todo lo que pudo para que su desdénosa novia se fijase en que ya había reparado la falta; pero ¡qué contrariedad! la pierna se enredó con la del coronel, y el coronel y Juan cayeron al suelo uno encima de otro, recibiendo el último tan solemne batacazo, que quedo sin sentido.

Cuando volvió en sí se encontró Juan en un lugar desconocido.

—¿Dónde estoy?—dijo, como dicen las mujeres cuando vuelven de sus desmayos.

—¿No lo ve usted?—le contestaron;—en una tienda de vinos. ¿Quiere usted un poquito?

—Pero ¿por qué estoy aquí?

—Porque estaba usted tendido en medio del paseo; le dió á usted un accidente, y le hemos traído aquí hasta que se le pasara.

—Vaya, muchas gracias, buena gente—dijo Juan,— y se disponía á marchar.

—¿No paga usted la hospitalidad?—le dijo el tabernero.

—Hombre yo creía que era una buena obra, simplemente.

Y tuvo que dar tres pesetas porque no le dejaran en medio del arroyo.

*El lector*.—Vamos, acabe usted pronto; es decir, empiece usted la historia, y así estaremos mejor enterados que antes.

*Yo*.—En el primer capítulo va á acabar.

## CAPÍTULO PRIMERO

Juan era un muchacho que estudiaba leyes.

Felisa era una niña deliciosa.

Juan vió un día á Felisa asomada al balcón de la casa

de enfrente á la suya, y se enamoró como..... era natural.

Pasó algunos días hablando por señas con aquella preciosidad, porque no le podía hablar de otro modo, y buscaba á cada momento una ocasión para tener un *tête á tête* con ella.

Ella era algo coquetuela, y aunque su belleza era de superior calidad, lo que mejor tenía era el pie, ó los pies, como ustedes quieran.

Tan convencida estaba de su poder legislativo, por que con sus pies dictaba á su antojo las leyes del amor, que siempre que podía los iba enseñando muy bien calzados y muy salerosos.

— Esto sentado, avancemos.

Un día salió Felisa de su casa con papá, que era un coronel de carabineros, que tenía un genio peor que este cuento; y Juan aprovechó la ocasión para ver si podía deslizarle al paso un billete.

Lo escribió á escape, y salió á la calle más á escape todavía.

Llegó á paseo, alcanzó á Felisa, y mientras el coronel se había parado con un antiguo compañero suyo, Juan pasó junto á su vecina, y al ir á darle el papel se volvió ella de repente, y lanzándole una furiosa mirada á los pies, le dijo:

— Caballero, no se acerque usted, no vuelva usted á hablarme; le detesto á usted. ¿Qué manera de presentarse es esa?....

Juan se miró de pies á cabeza y se quedó pretificado. ¡Había salido de casa con zapatillas!  
¡Qué delito tan atroz para una mujer que tanto se fijaba en los pies!....

*El lector.*—¿Y cómo se titula este despropósito?

*Yo.*— Se titula..... Tiene usted razón, que falta el título. Pues mire usted, en la primera cuartilla dice:

*Por un par de botas.*

Cuento original de

RICARDO SEPÚLVEDA.

*Nota.* Léalo usted de abajo á arriba, es decir, al revés y le entenderá mejor.

## LEYENDO LA DIVINA COMEDIA

El infierno es un lugar  
donde no se ama.  
SANTA TERESA.

Tu infierno es paraíso, ilustre Dante,  
mientras resuena en su morada obscura  
de Francisca y Paolo, con ternura,  
el eco de aquel beso palpitante;

Beso inmortal de la pareja errante  
que aun á través de las edades dura;  
si es grande entre las llamas la tortura,  
más fuerte es el amor y más constante.

En la mansión del eternal quebranto,  
el rojo fuego á consumir no alcanza  
una pasión que purifica el llanto.

En los umbrales de su ardiente zona,  
se da el último adiós á la esperanza;  
pero el Amor jamás nos abandona.

\*  
\*\*

## DANTE

I

Cual sibilina gruta el labio mudo,  
marchita la mejilla de honda pena,  
de paciente esperanza el alma llena  
y mirar más doliente que sañudo.

Su noble y casta frente, al vicio escudo  
que el tiempo arruga en azulada vena,  
buscando en vano la paz alta y serena  
que en la celda de Corvo hallar no pudo.

Fué su poema penetrante grito  
que ha desgarrado el pavoroso velo  
que encubre á los humanos lo infinito;

Y ese libro inmortal fascina tanto,  
que suscita en el alma intenso anhelo  
*de suspirar y de morir de llanto.*

II

Vago á veces, cual náufrago lanzado  
á playa inhospital que el rumbo ignora,  
busca la humana gente, en vano explora,  
y rinde al fin el ánimo cansado;

Ó bien como el que duerme sosegado  
y el incendio le torna en breve hora  
su blando sueño en enlutada aurora,  
su cierta dicha en infeliz estado;

Entonces pienso en ti, vate sublime,  
y el corazón revela en un gemido  
el infierno sin llamas que le oprime;

De tu espíritu siento el ala grave  
que murmura fatídico á mi oído:  
*«quien sabe de dolor, todo lo sabe».*

III

Por ti, poeta, entre la noche oscura  
de la edad medioeval cobraron vida  
de la beldad la luz ensombrecida,  
los arquetipos de la forma pura.

Por ti contempla el arte y la natura,  
de luceros simbólicos ceñida,  
en Pía infausta la virtud herida  
y en la de Portinaro alta hermosura.

Y fuiste apóstol de verdad severo  
cuando en las luchas de tu patria aleva,  
cuándo, sobre el umbral del extranjero,

En Calpandino, á déspotas espanto,  
flagelador de la proterva plebe,  
divino padre del etrusco canto.

ANGEL SÁNCHEZ PESQUERA.

## Bibliografía.

Desearíamos que GENTE VIEJA publicara una bibliografía amplia; pero dado el carácter esencialmente literario de esta Revista, no nos es posible darle todo el desarrollo que fuera de desear, por lo cual conste que no hacemos crítica, sino únicamente una noticia bibliográfica.

Pérez Jorba y B. Rodríguez, con un curioso prólogo de Gómez Carrillo, han hecho una hermosa traducción del drama *Salomé*, original del modernista Oscar Wilde. La edición, de Rodríguez Serra, esmeradísima y elegante.

El drama es de lo más nuevo entre lo modernista; tan sublime, tan original, tan novísimo, que no podemos dar opinión de él porque no entendemos una palabra; es el *caló* de lo nuevo, con tales originalidades y tan chuscas, que hace años conducían á la casa de locos y hoy á la gloria.

\*  
\*\*

Con el título de *El problema político al inaugurarse el siglo XX*, D. José Cascales, ventajosamente conocido por sus trabajos de sociología, ha publicado un her-

moso libro, que merece algo más que una noticia y del que hemos de ocuparnos con más amplitud. Lleva un prólogo de D. José Canalejas y es un libro de una actualidad y de un interés incalculables.

\*  
\*\*

Navarro Reverter, un *mozo viejo*, que sin duda por no declararse tal nos favorece muy poco con sus artículos, ha publicado, en folleto, sus «Discursos sobre la Hacienda española en 1902», y «La plata y los cambios», trabajos importantísimos que han fijado mucho la atención de todos los economistas.

\*  
\*\*

Arturo Reyes, en su nuevo libro *Del bullo á la Co-racha*, da una prueba más de ser un estilista, un observador y un escritor finísimo, que merece la legítima reputación de que goza.

\*  
\*\*

Ricardo Burguete, en sus dos nuevos libros *La guerra en Cuba y en Filipinas*, escritos con el corazón y con orientaciones patrióticas sumamente apreciables, afirma el concepto que merece á todos los hombres pensadores. Los libros del Sr. Burguete son, no solamente de los que hacen reputación para el autor, sino de los que hacen patria. Reciba como escritor y como hombre, nuestros modestos plácemes.

GARCI-FERNÁNDEZ

## Al Gobernador de Madrid y al Director de Sanidad.

También GENTE VIEJA ha de ocuparse alguna vez de cuestiones de actualidad; y sin ánimo de molestar á nadie, y únicamente examinando los hechos y deduciendo de ellos las relaciones que naturalmente se derivan de los mismos, cumplimos un deber, llamando la atención de quien corresponda sobre cómo los productos extranjeros van poco á poco invadiendo, no sólo los mercados, sino nuestras profesiones; todo lo extranjero nos seduce: comemos en francés, vestimos en inglés, oímos en italiano y en alemán, y ahora parece que nos vamos á curar en yanqui. No dudamos de la autenticidad de los títulos profesionales del célebre doctor homeópata J. M. Munyón, cuyo retrato entre sibiltico y magistral publican todos los periódicos; y mucho menos después de que una publicación farmacéutica ha asegurado que no se trata de *especificuerias*, sino de específicos; pero creemos que la Junta de Sanidad, antes de autorizar la venta de productos de un doctor extranjero, debía examinar los títulos de éste y las condiciones de aquéllos. Seguramente en ningún país se autoriza el anuncio y la venta de específicos que no son nacionales, y es cuando menos anómalo que aquí nos traigan su farmacopea todos los extranjeros que gusten, que aunque llenos de altruismo — así lo reconocemos con gusto —, más parecen comerciantes de medicinas y de drogas que profesores serios. Todo progresa en la evolución del tiempo, y hay quien cree que los charlatanes de feria se han convertido en médicos con título, que fían más su éxito á la propaganda que á la ciencia. La misma Sociedad que persigue y encarcela á los curanderos y á los apóstoles, acata, admira y enriquece al que tiene por púlpito de su saber las planas de anuncios de los grandes periódicos.

¿Qué más? — y aquí entra el Gobernador — se persiguen toda clase de juegos, y se autorizan los anuncios de la lotería de Hamburgo, y aun de otra modernista, y también extranjera, que hace poco tiempo se ha dado á luz. Cuando un billete de nuestra Lotería Nacional se anunciase en Francia ó en otro país, sería considerado como un contrabando el billete y como un delito el hecho de venderlo.

Por lo menos, lo que ocurre con los medicamentos y las loterías extranjeras es anómalo y hasta *chinesco*, según la pintoresca frase de un viejo doctor amigo nuestro.